

La renovación liberal de la socialdemocracia

Daniel Innerarity

Catedrático de Filosofía Política y Social, Investigador Ikerbasque en la Universidad del País Vasco y director del Instituto de Gobernanza Democrática.

La cuestión acerca de cómo renovar actualmente la socialdemocracia puede abordarse en dos planos. En primer lugar, requiere una reflexión sobre la cultura política de la izquierda en su antagonismo frente a la derecha. Desde este punto de vista se percibe de qué modo la izquierda y la derecha han intercambiado algunos de los enfoques que les resultaban más definitorios, lo que obliga a repensar no pocos lugares comunes. Y, en segundo lugar, esta cuestión puede abordarse desde el punto de vista del modelo ideológico y de sociedad. En ese sentido sostengo aquí que esa necesaria renovación debe hacerse volviendo a examinar la relación que ha tenido la socialdemocracia con la izquierda liberal y las virtualidades que esa renovación tendría para actuar en el mundo contemporáneo. Cuando se aspira a una renovación que cumpla las dos condiciones básicas de este tipo de empresas -fidelidad a la tradición que a uno le identifica y fortalecimiento de las capacidades para configurar la realidad social- la tarea es siempre la misma: descubrir en esa realidad las oportunidades e instrumentos susceptibles de ser puestos al servicio de los propios valores.

1. El pesimismo de la izquierda

A un personaje del Torquato Tasso de Goethe le debemos una formulación que probablemente sea el paradigma de todas las disculpas: "De lo que uno es / son los otros quienes tienen la culpa". Esta convicción no explica nada pero alivia mucho; sirve para confirmar a los nuestros frente a ellos, esquematiza las tensiones entre lo global y lo local o proporciona un código elemental para las relaciones entre la izquierda y la derecha. Podemos estar seguros de que algo de este planteamiento sostiene la confrontación política cuando el discurso encaminado a mostrar que los otros son peores ocupa todo el escenario. Pero revela muy propia confianza en el propio proyecto, ideas y convicciones.

Así funciona, con escasas excepciones, el actual antagonismo entre la izquierda y la derecha. ¿Y si invirtiéramos la máxima de aquel personaje de Goethe y pensáramos qué culpa tiene la izquierda en los triunfos de la derecha? Este tipo de análisis suele ser más provechoso porque no se enturbia con el prejuicio de pensar que si nuestros competidores son muy malos, entonces nosotros tenemos necesariamente razón. Creo que buena parte de lo que le pasa a la izquierda en muchos países del mundo es que se limita a ser la anti-derecha, algo que no tiene nada que ver, aunque lo parezca, con una verdadera alternativa. Se ha dicho que la izquierda tiene dificultades en movilizar a su electorado y hay quien piensa que esa operación vendría a ser, no tanto despertar la esperanza colectiva como inquietar al electorado para ganarse la preferencia que resignadamente nos hace decidirnos por lo menos malo.

Por decirlo sintéticamente: hoy la derecha es optimista y la izquierda pesimista. Tal vez el antagonismo político se articule actualmente más como disposición emocional que como proposición ideológica. Lo que ocurre es que las emociones y las ideas se relacionan más estrechamente de lo que solemos suponer. Si examinamos las cosas de este modo, percibiremos el desplazamiento ideológico que está teniendo lugar. Tradicionalmente la diferencia entre progresivo y conservador se correspondía con el pesimismo y el optimismo, en el orden antropológico y social. Mientras que el progresismo se inscribía en un desarrollo histórico hacia lo mejor, el conservadurismo, por decirlo con expresión de Ernst Bloch, ha estado siempre dispuesto a aceptar una cierta cantidad de injusticia o sufrimiento como un destino inevitable. Pero esto ya no es así, en buena medida. El nuevo estado de ánimo general de la derecha, tal como lo podemos ver en Sarkozy o Merkel, es todo lo contrario de la resignación: decidida y activa, sin complejos, confiada en el futuro y con una firme resolución de no dejar a nadie el mando de la vanguardia. Esta disposición es lo que está poniendo en dificultades a una izquierda que, aun teniendo buenas razones para oponerse, no las tiene a la hora de proponer algo mejor. Si recoge las causas de los excluidos o se convierte en abogada del pluralismo, no lo hace para construir a partir de todo ello una concepción alternativa del poder, y eso se nota en la mala conciencia de quien sabe que no está haciendo otra cosa que reclutar aliados a sus alrededores.

La izquierda es, fundamentalmente, melancólica y reparadora. Ve el mundo actual como una máquina que hubiera que frenar y no como una fuente de oportunidades e instrumentos

susceptibles de ser puestos al servicio de sus propios valores, los de la justicia y la igualdad. La socialdemocracia se entiende hoy como reparación de las desigualdades de la sociedad liberal. Pretende conservar lo que amenaza ser destruido, pero no remite a ninguna construcción alternativa. La mentalidad reparadora se configura a costa del pensamiento innovador y anticipador. De este modo no se ofrece al ciudadano una interpretación coherente del mundo que nos espera, que es visto sólo como algo amenazante. Esta actitud recelosa frente al porvenir procede básicamente de percibir al mercado y la globalización como los agentes principales del desorden económico y las desigualdades sociales, dejando de advertir las posibilidades que encierran y que pueden ser aprovechadas. Movilizar los buenos sentimientos e invocar continuamente la ética no basta; hace falta entender el cambio social y saber de qué modo pueden conquistarse en las nuevas circunstancias los valores que a uno le identifican.

La primera dificultad de la izquierda para configurarse como alternativa renovada procede de eso que Gérard Grunberg y Zaki Laïdi han denominado "heroísmo frente al mercado" (Grunberg / Laïdi 2008) que le impide entender su verdadera naturaleza del mercado y le hace pensar que no es más que un promotor de la desigualdad, una realidad antisocial. Para una buena parte de la izquierda razonar económicamente es conspirar socialmente. Piensa que lo social no puede ser preservado más que contra lo económico. La denuncia ritual de la mercantilización del mundo y del neoliberalismo procede de una tradición intelectual que opone lo social a lo económico, que tiende a privilegiar los determinismos y las constricciones frente a las oportunidades

ofrecidas por el cambio social. Desde este punto de partida es difícil comprender que la competencia sea un auténtico valor de izquierda frente a las lógicas de monopolio, público o privado, sobre todo cuando el monopolio público ha dejado de garantizar la provisión de un bien público en condiciones económicamente eficaces y socialmente ventajosas.

Porque también hay monopolios públicos que falsifican las reglas del juego. A estas alturas sabemos bien que existen desigualdades producidas por el mercado, pero también por el Estado, frente a las que algunos se muestran extraordinariamente indulgentes. En ocasiones, garantizar a toda costa el empleo es un valor que debe ser contrapesado con los costes que esta protección representa respecto de aquellos a los que esa protección impide entrar en el mercado de trabajo, creando así una nueva desigualdad. Enmascarada tras la defensa de las conquistas sociales, la crítica social puede ser conservadora y desigualitaria, lo que explica que la izquierda está actualmente muy identificada con la conservación de un estatus.

Esta actitud conservadora podría redefinirse en términos de innovación política modificando los procedimientos para conseguir los mismos objetivos: se trata de poner al mercado al servicio del bien público y la lucha contra las desigualdades. La nostalgia paraliza y no sirve para entender los nuevos términos en los que se plantea un viejo combate. No es que una era de solidaridad haya sido sustituida por una explosión de individualismo, sino que la solidaridad ha de articularse sobre una base más contractual, sustituyendo aquella respuesta mecánica a los problemas sociales consistente en intensificar las

intervenciones del Estado por formulaciones más flexibles de colaboración entre Estado y mercado, con formas de gobierno indirecto o promoviendo una cultura de evaluación de las políticas públicas.

La otra causa de que la izquierda presente actualmente un aspecto pesimista es su concepción únicamente negativa de la globalización, que le impide entender sus aspectos positivos a favor de la redistribución de la riqueza, la aparición de nuevos actores o el cambio de reglas de juego en las relaciones de poder. Al insistir en las desregulaciones vinculadas a la globalización, la izquierda corre el riesgo de aparecer como una fuerza que protege a unos privilegiados y rechaza el desarrollo de los otros. Es cierto que la dinámica general del mundo nunca había sido tan poderosa, pero también tan prometedora para muchos.

2. Una izquierda para este mundo

Por eso la izquierda del siglo XXI debe poner cuidado en distinguirse del altermundialismo, lo que no significa que no haya problemas graves a los que hay que buscar una solución, sin ceder a la letanía de deplorar la pérdida de influencia sobre el curso general del mundo. En lugar de proclamar que "otro mundo es posible", más le vale imaginar otras maneras de concebir y actuar sobre este mundo. La idea de que no se puede hacer nada frente a la globalización es una disculpa de la pereza política. Lo que no se puede es actuar como antes. La socialdemocracia no se librará de ese pesimismo que la atenaza mientras no se esfuerce en aprovechar las posibilidades que

genera la mundialización y orientar el cambio social en un sentido más justo e igualitario.

Y es que tengo la impresión de que los problemas de la izquierda no proceden de haber cedido precipitadamente al realismo ni de haber renunciado a la utopía, como suele afirmarse ritualmente, sino de algo que es anterior. En el origen de su falta de vigor está la conformidad con un reparto del territorio según el cual a la derecha le correspondería gestionar la realidad y la eficiencia, mientras la izquierda puede disfrutar el monopolio de la irrealidad, donde se movería sin competidor entre los valores, las utopías y las ilusiones. Es esta cómoda delimitación del territorio lo que se encuentra en el origen de una crisis general de la política: aceptada la ruptura entre el principio de placer y el principio de realidad, entre la objetividad y las posibilidades, la derecha se puede dedicar a modernizar irreflexivamente, sin el temor de que la izquierda consiga incomodarla con su utopismo genérico y desconcertado. La derecha puede permitirse el lujo de tener algunas dificultades con los valores mientras la izquierda siga teniéndolas con el poder. Y el reparto apenas seduce a los electores, que probablemente desearían poder elegir de otra manera.

Así entendido, el realismo político equivale hoy a constatar la impotencia a la hora de configurar el espacio social. Ahora bien, ¿y si, en el fondo, la política no fuera otra cosa que una discusión acerca de lo que entendemos por "realidad"? Tal vez la cuestión política fundamental no sea tanto la de los ideales y los imaginarios, como la idea que se tiene de lo real. Pues bien, si eso es así lo mejor que puede hacerse frente a una concepción conservadora de la política es combatirla en el terreno de la

realidad, discutir su concepción de la realidad. Sería la única manera de no repetir el viejo error de la izquierda de jugar en un campo en el que es inevitable que la derecha lo haga mejor. A la derecha no debe oponérsele una ensoñación sino otra descripción de la realidad que sea mejor. Porque la realidad no es lo meramente fáctico, sino también un conjunto de posibilidades de acción que se iluminan según sea la perspectiva desde la que se divisen. La batalla no se gana mediante la apelación genérica a otro mundo sino en la lucha por describir la realidad de otra manera. La izquierda no convence cuando se sitúa como si estuviera reñida con la realidad como tal, sino cuando es capaz de convencernos de que la derecha hace una mala descripción de la realidad. Sería catastrófico dar por perdida la definición del campo de juego, aceptando alguna de las dos posibilidades que se le ofrecen: competir en la pugna por gestionar mejor esa realidad (aceptando como inevitable la lógica neoliberal y limitándose a suavizarla) o combatir a la derecha desde un moralismo inofensivo (como pretende la versión del socialismo que sólo sabe renovarse parasitando de los movimientos sociales alternativos).

Lo que está en juego actualmente no es sólo una alternancia democrática sino la concepción misma de la política. En su profundo estudio sobre la historia del Partido Socialista francés, Alain Bergounioux y Gérard Grunberg han sintetizado esta aporía en una doble dificultad que atenaza a los socialistas franceses: el rechazo a la revisión ideológica y su mala relación con el poder (2007). Esta es la cuestión fundamental: saber si la izquierda está en condiciones de entender la política como una actividad inteligente renovando sus conceptos y sus prácticas de poder. De

hecho, esta cuestión ha ido ganando terreno en el seno de la teoría política desde los años 90 cuando comienza a hablarse de un "giro cognitivo", un "ideational turn" (Blyth 1997). La reaparición de conceptos como saber, ideas, argumentación o conocimiento, asociados de nuevo a las grandes cuestiones de la política, parece indicar que algo está cambiando en la manera de concebirla. Desde entonces, la cuestión de si las ideas importan ha planteado relevantes investigaciones acerca del papel que juegan el saber y las ideas en los procesos políticos. Frente al discurso dominante que habla de que el agotamiento de las ideologías y erige al interés como único protagonista de la vida política, tal vez sea precisamente lo contrario: sin ideologías cerradas se abre el espacio para las ideas, es decir, para la política como actividad inteligente.

Buena parte del malestar que genera la política se debe precisamente a la impresión que ofrece de ser una actividad poco inteligente, de corto alcance, mera táctica oportunista, repetitiva hasta el aburrimiento, rígida en sus esquemas convencionales y que sólo se corrige por cálculo de conveniencia. Una sociedad del conocimiento plantea a todos la exigencia de renovarse, y así parece haber ocurrido en casi todos los ámbitos: las empresas tienen que agudizar el ingenio para responder a las demandas del mercado, el arte ha de buscar nuevas formas de expresión, la técnica se plantea nuevos desafíos... El dinamismo de los ámbitos económicos, culturales, científicos y tecnológicos convive con la inercia del sistema político. Hace tiempo que las innovaciones no proceden de instancias políticas sino del ingenio que se agudiza en otros espacios de la sociedad. No se trata de defectos de las personas que se dedican a la política o de

incompetencias singulares sino de un déficit sistémico de la política, de escasa inteligencia colectiva por comparación con el vitalismo de otros ámbitos sociales. Esa falta de vigor de la política frente a los mercados o el escaso interés que despierta en buena parte de los ciudadanos probablemente se deba a su incapacidad para desarrollar conductas tan inteligentes al menos como las que tienen lugar en otros espacios de la vida social. Me parece que este es el gran desafío al que se enfrenta la política en el mundo actual si es que no quiere terminar siendo socialmente irrelevante, desgarrada en la tensión entre los espacios globales y la presión de lo privado y lo local. Hemos de ir hacia formas más inteligentes de configurar los espacios comunes de la política.

Contra los administradores oficiales del realismo hay que defender que la política no es mera administración, ni mera adaptación, sino configuración, diseño de los marcos de actuación, anticipación del futuro. Tiene que ver con lo inédito y lo insólito, magnitudes que no comparecen en otras profesiones muy honradas pero ajenas a las inquietudes que provoca el exceso de incertidumbre. El tipo de acción que es la política no opera únicamente con meras reglas de la experiencia, con las enseñanzas cómodamente almacenadas entre lo sabido. Quien sea capaz de concebir esta incertidumbre como oportunidad, verá cómo la erosión de algunos conceptos tradicionales hace nuevamente posible la política como fuerza de innovación y transformación. Es urgente llevar a cabo una redefinición del sentido y de los objetivos de la acción política a partir de la idea de que en ella se conoce, es decir, se descubren aspectos de la realidad y posibilidades de acción que no pueden percibirse

desde nuestras prácticas rutinarias y nuestros debates preconstruidos.

No sé si la socialdemocracia está suficientemente preparada para esta tarea, pero me parece evidente que a día de hoy ni sus conceptos ni sus prácticas están en condiciones de hacerse cargo de la complejidad de nuestras sociedades. Tarde o temprano deberá acometer una definición propia de la realidad política en campos como la seguridad, el pluralismo, la integración, Europa o la mundialización. La inteligencia política consiste ahora en aprender la nueva gramática de los bienes comunes que se realiza en estos asuntos. La socialdemocracia apenas se ha estrenado en este debate y ya es hora de que nos explique por qué la realidad no es conservadora.

3. La cultura política de la izquierda

Para proceder a la renovación de la socialdemocracia es necesario responder antes a una pregunta incómoda que se plantea de la siguiente manera: ¿cómo explicar que la crisis o los casos de corrupción, así como la desafección política en general, golpeen de manera muy diferente, desde el punto de vista electoral, a la izquierda y a la derecha?

Pienso que la raíz de esa curiosa decepción, que se reparte tan asimétricamente, está en las diversas culturas políticas de la izquierda y la derecha. Por lo general, la izquierda espera mucho de la política, más que la derecha, a veces incluso demasiado. Le exige a la política no sólo igualdad en las condiciones de partida sino en los resultados, es decir, no solo libertad sino también

igualdad. La derecha se contenta con que la política se limite a mantener las reglas del juego y tiene una idea del bien común como mera agregación de intereses individuales; es más procedimental y se da por satisfecha con que la política garantice marcos y posibilidades, mientras que el resultado concreto (en términos de desigualdad, por ejemplo), le es indiferente; a lo sumo, aceptará las correcciones de un “capitalismo compasivo” para paliar algunas situaciones intolerables.

Por supuesto que ambas aspiran a defender tanto la igualdad como la libertad y que nadie puede pretender el monopolio de ambos valores, pero el énfasis con el que la izquierda subraya la igualdad y la preferencia de la derecha por la libertad inclina la balanza en un sentido que explica por qué sus electorados respectivos se conducen de distinta manera. La diferencia radicaría, a mi juicio, en que la izquierda, en la medida en que espera mucho de la política, también tiene un mayor potencial de decepción. Por eso el vicio de la izquierda es la melancolía, mientras que el de la derecha, es el cinismo.

Si esto fuera cierto, tendríamos también una explicación de por qué son tan distintos sus modos de aprendizaje, lo que probablemente responde a dos modos psicológicos de gestionar la decepción. La izquierda aprende en ciclos largos, en los que una decepción le hunde durante un espacio de tiempo prolongado y no consigue recuperarse si no es a través de una cierta revisión doctrinal; la derecha tiene más incorporada la flexibilidad y es menos doctrinaria, más ecléctica, incorporando con mayor agilidad elementos de otras tradiciones políticas.

Por eso la izquierda sólo puede ganar si hay un clima en el que las ideas jueguen un papel importante y es alto el nivel de

exigencias que se dirigen a la política. Cuando estas cosas faltan, cuando no hay ideas en general y las aspiraciones de la ciudadanía en relación con la política son planas, la derecha es la preferida por los votantes.

La izquierda debería politizar, en el mejor sentido del término, frente a una derecha a la que no le interesa demasiado el tratamiento "político" de los temas. La derecha hoy exitosa en Europa es una derecha que promueve, indirecta o abiertamente, la despolitización y se mueve mejor con otros valores (eficacia, orden, flexibilidad, recurso al saber de los técnicos...). Lo que la izquierda debería hacer es luchar, a todos los niveles (global, frente al imperialismo del sistema financiero, contra los expertos que achican el espacio de lo que se puede decidir democráticamente, o contra la frivolidad mediática...) para recuperar la importancia de la política. Hoy no es que haya una política de izquierdas y otra de derechas; el verdadero combate se libra actualmente en un campo de juego que está dividido entre aquellos que desean que el mundo tenga un formato político y aquellos a los que no les importaría que la política resultara insignificante, un anacronismo del que pudiéramos prescindir. Por eso la defensa de la política se ha convertido en la tarea fundamental de la izquierda; la derecha está cómodamente instalada en una política reducida a su mínima expresión, a la que le han reducido enormemente sus espacios el poder de los expertos, las constricciones de los mercados o el efectismo mediático. Para la izquierda, que el espacio público tenga calidad democrática es un asunto crucial, en el que se juega su propia supervivencia.

La idea de que la izquierda está por lo general menos movilizada se ha convertido en un tópico que a veces revela una concepción mecánica y paternalista (cuando no militar) de la política. Hay quien entiende la movilización como una especie de hooliganización, como si la ciudadanía fuera una hinchada, y, llegado el momento, propone suministrar la dosis oportuna de miedo o ilusión para que la clientela se comporte debidamente. Este automatismo no es la solución sino el síntoma del verdadero problema de una izquierda que se está acostumbrando a chapotear en una ciudadanía de baja intensidad. Lo que la gente necesita no son impulsos mecánicos sino ideas que le ayuden a comprender el mundo en el que vive y proyectos en los que valga la pena comprometerse. Y la actual socialdemocracia europea no tiene ni ideas ni proyectos (o los tiene en una medida claramente insuficiente). No quiero caer en un platonismo barato y exagerar el papel de las ideas en política, pero si la izquierda no se renueva en este plano seguirá sufriendo el peor de los males para quien pretende intervenir en la configuración del mundo: no saber de qué va, no entenderlo y limitarse a agitar o bien el desprecio por los enemigos o bien la buena conciencia sobre la superioridad de los propios valores.

4. La socialdemocracia liberal

Al igual que las ideas políticas, la vida política parece estancarse en un "centro" amplio y difuso en el que todos los partidos compiten en la promesa de combinar lo uno y lo otro: libre mercado y Estado de bienestar, individualización y justicia social,

desregulación y gobernabilidad. Como si la política fuera un mero juego de combinaciones sin coherencia. Para quien aspira a ganar nada resulta más perjudicial que definir una posición o establecer unas prioridades. Estar a favor de todo le hace a uno menos vulnerable a la deslealtad electoral. Pero una definición (como una caracterización ideológica) sólo tiene sentido si marca algún perfil específico, una peculiaridad o diferencia. Las definiciones no nos informan de nada si pretenden contenerlo todo. Algo así pasa con el "nuevo centro" o la "tercera vía", términos con los que se ha bautizado e investido de una dignidad ideológica a esa operación de captura del voto menos ideológico y volátil en la que apenas se distinguen los grandes partidos. Conquistar la mayoría consiste en dejarse perdonar por un mayor número de personas. Y gobernar con éxito equivale a haber molestado a muy pocos. El tipo de político que se demanda es el experto en gestionar la desilusión y el desinterés, entretenedores de la atonía social. El abandono de la radicalidad constituye el imperativo ideológico de nuestras sociedades.

Anthony Giddens, uno de los principales ideólogos de la tercera vía, subtuló su libro programático como La renovación de la socialdemocracia. Quisiera plantear aquí otra renovación de la socialdemocracia que tomara como eje la tradición liberal. Los mejores liberales —los levellers (Liburne, Overton o Walwyn) en la revolución inglesa, revolucionarios como Paine o Findley en la fase inicial de los Estados Unidos, el círculo social en la revolución francesa, Thelwall y la London Corresponding Society en la Inglaterra de la misma época— llevaron a cabo una reivindicación completa de los derechos humanos, es decir, se alzaron contra cualquier clase de señorío, antiguo o nuevo, lo

mismo contra la arbitrariedad del Estado que contra la prepotencia económica. Pero el actual liberalismo rebajado —en el que se reconocen indistintamente muchos conservadores y socialdemócratas— ha perdido el aguijón libertario y de crítica al poder que caracterizó a ese primer liberalismo y a las primeras formulaciones del socialismo. Mi propuesta concreta consiste en renovar la socialdemocracia a partir de una determinada interpretación del liberalismo, lo que se podría denominar socialdemocracia liberal o libertaria (Innerarity 2000). Mientras que el verdadero liberalismo lanzó al mundo una idea muy rica en consecuencias: la de la constitución concebida como “constitución de la sociedad”, es decir, como un contrato en virtud del cual la sociedad se constituye válidamente mediante la libre adhesión de los ciudadanos, el liberalismo rebajado redujo el contrato social a un contrato de Estado, en el que la sociedad se somete al Estado bajo determinadas condiciones, lo que significa una insuficiente protección frente al poder estatal.

Una de las tareas más urgentes de la socialdemocracia liberal sería minimizar el poder estatal y luchar por que desaparezca la prepotencia económica. Es habitual considerar que la dominación económica se debe a una excesiva libertad de mercado, cuando ocurre más bien lo contrario: la prepotencia económica es causada por la falta de libertad económica. El orden constitucional y democrático sólo es viable si reconoce y combate activamente la existencia de concentraciones de poder incompatibles con la libertad. Se trataría, pues, de ampliar (no restringir) el principio constitucional de minimización del poder también al mundo de la economía, actualmente tan distorsionado por nuevos oligopolios en complicidad con unos Estados débiles.

Hay que aspirar no sólo a un Estado con el poder indispensable, sino además a una economía de mercado sin prepotencias. Al mismo tiempo hay que recordar que la consigna del laissez-faire se dirigía contra las grandes concentraciones de capital; no era una justificación para la inactividad del Estado, como intenta el neoliberalismo. El Estado tiene que cuidar activamente de que todos los ciudadanos puedan comerciar libremente en los mercados.

Las reformas para favorecer el mercado no implican más eficacia y menos justicia social. Todo lo contrario: son de izquierdas, en la medida en que reducen los privilegios. Solamente una socialdemocracia que tenga el valor de aumentar las oportunidades para todos y contribuir a un sistema fundado sobre una verdadera meritocracia, puede decir con razón que lucha por los miembros menos favorecidos de nuestras sociedades. Son los objetivos que han caracterizado a la izquierda europea —como la protección de los más débiles o el rechazo de las desigualdades excesivas y los privilegios— los que deben llevarle a adoptar medidas a favor del mercado. La regulación excesiva, la protección de ciertos estatus, un sector público que no beneficia a los más pobres sino a los mejor situados, universidades que producen mediocridad en nombre del igualitarismo (mientras los más ricos se las arreglan para obtener una buena educación), todo esto no es solamente ineficaz sino socialmente injusto.

La izquierda tiene grandes dificultades para llevar a cabo esta renovación porque no se ha desprendido de su tendencia estatalizante y sólo ha sido capaz de alcanzar compromisos llevados a cabo con mala conciencia. El desalentador

descubrimiento de que la sociedad como un todo ya no es movilizable de acuerdo con un modelo de reforma dirigido desde el Estado, ha impedido buscar nuevas fórmulas distintas de la mera moderación. La socialdemocracia no ha terminado de entender que la exigencia de "desregulación" no es un eslogan capitalista sino la necesidad creciente de una sociedad individualizada. La izquierda ha desaprovechado la ocasión de hacer suya esta reivindicación de mayores cotas de libertad para la configuración autónoma de la propia vida. No ha sabido aprovechar la oportunidad de convertir el deseo de desestatalización en punto de partida para una renovación liberal de la sociedad y evitar su instrumentalización por los poderes económicos. Schröder y Blair hablaban continuamente de iniciativa y responsabilidad. Pero la conclusión de que el Estado no podrá en el futuro asegurar todos los extremos de la vida es presentada como una mala noticia y no en su aspecto más positivo, como un sacrificio necesario en orden a la viabilidad general del sistema o en favor de las generaciones futuras, sin explicar las oportunidades y posibilidades que ofrece a todos una sociedad más abierta y flexible.

Algunos fracasos de los gobiernos de izquierda no han sido otra cosa que el precio que debían pagar por aferrarse a la idea de que las mejoras de la sociedad aún podían llevarse a cabo por medio de una intervención estatal centralizadora. La socialdemocracia está hoy lejos de desarrollar una concepción nueva, más acorde con los tiempos, de la igualdad de oportunidades y traducirla en iniciativas sociales. En última instancia, no se apea del principio de que la redistribución se lleva a cabo mediante una burocracia estatal presentada para

dar la impresión de que se ocupa de todos. Pero ocurre que también los gobiernos conservadores han hecho suya esta estrategia; la disputa consiste únicamente en cuánto debe costar ese aparato y a qué grupos de intereses se atenderán preferentemente. Y los votantes sólo se plantean quién es capaz de hacer lo mismo mejor. Cuando todos los partidos se presentan como garantes de la "justicia social", la izquierda apenas se distingue de la derecha. Únicamente puede aspirar a que los menos favorecidos consideren que serían peor tratados por la derecha.

Si la socialdemocracia quiere volver a ser reconocida como una fuerza de transformación social debe definirse nuevamente. Ha de recuperar su capacidad subversiva, libertaria, de lo que la idea republicana de "libertad como no dominación" es un buen exponente. ¿Cabe pensar en una socialdemocracia no estatista, que no quiera introducir la igualdad por medio de la redistribución estatal sino mediante la creación de una mayor igualdad de oportunidades en el mercado impulsando la iniciativa y la responsabilidad? ¿Y si el liberalismo fuera, como han recordado recientemente algunos (Giavazzi / Alesina (2006), una ideología de izquierdas? El debate que ha tenido lugar en Francia recientemente sobre la compatibilidad entre socialdemocracia y liberalismo ha invitado precisamente a examinar una trayectoria histórica y las posibilidades de que la socialdemocracia encuentre en el liberalismo una fuente de renovación que la haga más apta para gobernar en medio de los desafíos de la sociedad contemporánea.

Una renovación semejante de la socialdemocracia sólo es concebible si se procede a una revisión general que alcance a sus

orígenes históricos. En el siglo XVIII la izquierda estaba no sólo por la libertad política sino también por la libertad económica. Las distintas tradiciones que la configuraron —desde Locke y Hume hasta Voltaire y Kant— defendían el libre mercado, el comercio mundial abierto y creían en la capacidad civilizadora del afán individual de ganancia. Fueron los apologetas de la restauración quienes reclamaron un estricto control estatal sobre la vida económica. La primera crítica radical del capitalismo provino de la derecha autoritaria. En el siglo XIX esta correlación se invirtió. La izquierda se hizo colectivista y, mediante la represión de las corrientes libertarias del movimiento obrero que llevaron a cabo Lassalle y Marx, se convirtió en defensora de la planificación estatal. La derecha, por el contrario, inicialmente antiliberal, se fue transformando hasta llegar a ser la abogada de la libertad empresarial. Así pues, la idea del *laissez-faire* no fue nunca monopolio del liberalismo burgués; también estaba presente en las aspiraciones libertarias del movimiento obrero. Los primeros movimientos sindicales aceptaban plenamente la propiedad privada y la economía de mercado como las condiciones para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo así como para una mayor y más barata oferta de bienes.

Para ilustrar esta posición resulta muy interesante la figura de Joseph Proudhon cuyo socialismo libertario se basaba en una afirmación enfática de la libertad individual. Con su idea de que la autoridad es una institución transitoria, que debe reducirse al máximo, o mediante su concepto de “mutualismo”, de la auto-organización económica de los trabajadores en “banques du peuple” y empresas cooperativas, hacía suya la teoría liberal del contrato y lo reformulaba en orden a las intenciones de los

trabajadores. Los liberales habían enseñado que la cooperación social no surge por la ordenación y vigilancia de un Estado tutelar sino del libre intercambio económico entre sujetos que persiguen su propio interés. Para Proudhon, no obstante, ese concepto de libertad era incompleto. Se trata de una libertad que equivale a aislamiento, que posee quien no está limitado por la actividad de los demás. Contra esta libertad simple plantea Proudhon una libertad cooperativa, que no se opondría a solidaridad pues la libertad de uno ya no encuentra un obstáculo en la de los demás, sino una ayuda; el más libre sería aquel que dispusiera de las mejores relaciones con los demás.

Proudhon no estaba a favor del utopismo ni del reformismo sino por un experimento social sobre la base de la estricta voluntariedad. Por esa razón, las libertades económicas tenían su lógica continuación en el principio federativo a la hora de organizar las naciones. La libertad individual, que es el valor central de toda aspiración emancipadora, no está en contradicción con los intereses colectivos. Así lo proclama en sus *Confessions d'un révolutionnaire*: "¡Libertad! Esta es la primera y la última palabra de la filosofía social. Es extraño que después de tantas oscilaciones y retrocesos en la ruta escabrosa y complicada de las revoluciones, acabemos por descubrir que el remedio de tanta miseria, la solución de tantos problemas, consiste en dar un curso más libre a la libertad derribando las barreras que han sido elevadas ante ella por la autoridad pública y de la propiedad" (1851, 340).

Pese a haber pasado a la historia bajo el rótulo del socialismo utópico, Proudhon no exigía a los trabajadores soñar en un ideal utópico de sociedad —en el que no creía— ni confiar ciegamente

en una casta dirigente que prometiera ejercer el poder del Estado en beneficio de sus seguidores. Tampoco quería suprimir el Estado ni constituir —como los seguidores de Fourier— una comunidad de visionarios en alguna isla. Su objetivo era combatir “la pereza de las masas”, que está en el origen de todo autoritarismo. En vez de obsesionarse con el poder —el “prejuicio gubernamental”—, enseñaba a hacer frente a la tendencia invasora de la autoridad, confiando en la propia capacidad.

Si esta concepción libertaria hubiera tenido más éxito y no hubiera sido desacreditada por Marx como “pequeño-burguesa”, la historia de los derechos sociales y del movimiento obrero habría sido bien distinta. Pero aquella disputa que enfrentó dos libros —La filosofía de la miseria y La miseria de la filosofía— se saldó con una derrota de lo liberal frente a lo estatal y el movimiento obrero propició la creación de una maquinaria de redistribución tendencialmente autoritaria. Su consecuencia más inmediata fue conseguir para los trabajadores bienestar material, integración en la sociedad, reconocimiento y derechos ciudadanos, pero impidió la realización de proyectos de auto-organización. Este sistema choca hoy con sus límites y en esta situación la concepción liberal o libertaria de la socialdemocracia —que durante más de un siglo ha sido más bien marginal— adquiere una nueva actualidad.

No se trata de suprimir el Estado sino de lo contrario: de consolidarlo y hacerlo más eficaz con menos burocracia y más transparencia, para lo cual es inevitable que se retire de muchos ámbitos sociales que ocupa. Una socialdemocracia liberal implica una desregulación “desde abajo” que en nada se parece al

neoliberalismo tan grato a los grandes poderes económicos, cuyo poder se basa en una complicidad entre sus intereses y los del Estado. Y es que, en el fondo, el neoliberalismo es una ideología antiliberal y se basa en una visión del mundo que rezuma fatalismo y sumisión.

Este nuevo planteamiento socialdemócrata coincide con el neoliberalismo en el rechazo a controlar estatalmente la economía, la disciplina presupuestaria o la independencia del banco central. Pero se diferencia de él en que considera al Estado como el marco inevitable y regulador de la vida social, como generador de los elementos no contractuales del pacto social y protector del tejido social. Esta socialdemocracia liberal previene, no obstante, contra la ilusión de considerar la justicia social como simple igualdad y no como igualdad compleja (Michael Walzer 1993), no pone el acento en la nivelación sino en la igualdad de oportunidades. Porque no cualquier incremento de las obligaciones sociales conduce a eliminar las desigualdades; con demasiada frecuencia, el Estado benevolente ha producido nuevas injusticias, en la medida en que ha favorecido a quienes no lo necesitaban y ha excluido arbitrariamente a otros. Los mecanismos políticos varían de un país a otro, pero el fondo de la historia es siempre el mismo: los "insiders", los que están dentro del sistema, bloquean las reformas.

La crítica corriente al sistema económico mundial dispara contra la mercantilización como si el mercado fuera el responsable de la miseria del mundo. Pero el problema estriba en que no existe una auténtica economía de mercado. Ninguna de las grandes empresas hubiera alcanzado sus actuales dimensiones sin la

protección estatal. Son esos grandes consorcios los menos interesados en la existencia de un mercado verdaderamente libre. En cierto modo asistimos a una especie de feudalización del capitalismo, a una "economía legal del pillaje" (Oswalt 1999). Tras la pantalla de los intereses generales de la sociedad se esconden muchas veces intereses de grupos particulares, competencias desleales, concentración de poder de grupos financieros y de opinión. Los despojados de esa enorme masa de capital son los ciudadanos. Una socialdemocracia liberal debería apuntar en la línea de promover una verdadera igualdad de oportunidades en el mundo económico. Para ello resulta ineludible la supresión de muchas subvenciones y de los status de propiedad adquiridos sin competencia de prestaciones. La globalización puede utilizarse para despojar de su poder a las concentraciones económicas existentes y abrir efectivamente los mercados mundiales. El actual orden económico mundial no es, como pretende el neoliberalismo, un marco natural o un hecho irrefutable, sino una construcción social contingente y modificable. La apertura decidida de los mercados mundiales no producirían un aumento de poder de las grandes corporaciones sino todo lo contrario: una globalización auténticamente liberal significaría el final de los consorcios mediáticos, financieros e industriales. El que no ocurra así no se debe a la inamovible "lógica del capital" sino al intervencionismo de los Estados.

La crisis del Estado de bienestar responde a una crisis de solidaridad, como lo manifiesta, por ejemplo, el corporativismo, la economía sumergida, la resistencia a las cotizaciones sociales o la generalización de un recurso a la queja que no tiene en cuenta las consecuencias públicas de las propias

reivindicaciones. Evidentemente, no quiere todo ello decir que nos hayamos vuelto más egoístas; se trata de analizar este fenómeno sociológicamente, pues son los procedimientos de expresión de solidaridad los que se han vuelto más abstractos y mecánicos, incapaces de tramitar realmente un interés común. El Estado ha procedido de hecho a enmascarar las relaciones sociales y a generar una irresponsabilidad difusa y ciega frente a las consecuencias sociales de los propios actos.

La redistribución financiera que lleva a cabo el Estado acaba por ser considerada como algo totalmente desconectado de las relaciones sociales sobre las que debe sustentarse. Pocos asalariados conocen el importe real de las cotizaciones sociales ligadas a su sueldo (la noción de salario bruto carece de sentido) y el IVA, que representa más de la mitad de los ingresos tributarios, es un impuesto "indoloro" del que los consumidores apenas aprecian el esfuerzo que les supone; sólo el impuesto sobre la renta da lugar a una exacción claramente perceptible por los interesados. Los individuos no disponen de ningún medio para conocer las relaciones entre las contribuciones individuales y su utilización colectiva. El Estado es un intermediario que oscurece las relaciones sociales, recubriendo la solidaridad real con mecanismos anónimos e impersonales, de tal modo que ésta deja de percibirse. El resultado es una irresponsabilidad generalizada. Acabamos pensando que los salarios, los precios, los beneficios, los impuestos y las cotizaciones no tienen nada que ver con las relaciones sociales.

Durante mucho tiempo, la sociedad aseguradora ha llevado a cabo una socialización de la responsabilidad que sustituía la imputación de las faltas por un régimen de indemnización. Por

este camino, los mecanismos de producción de solidaridad han llegado a ser abstractos, formales, ilegibles. Pero es necesario que haya un mínimo de visibilidad en las relaciones sociales. Aumentar la transparencia social es hacer que emerjan de forma más localizada las necesidades y las aspiraciones. La solidaridad no puede basarse sólo en reglas y procedimientos; debe tener también una dimensión voluntaria. El Estado será mejor aceptado cuando los mecanismos que pone en marcha sean explícitos para todos (Rosanvallon 1981, 125). Este esfuerzo por la verdad no está exento de riesgos. Obliga a tener en cuenta todas las realidades que los modelos macroeconómicos usuales rechazan o ignoran: los pequeños privilegios, la extrema heterogeneidad de la condición salarial, la falta de equidad en el trato fiscal... La transparencia tiene un coste. Puede engendrar tensiones y conflictos. Pero la conflictividad reconocida está en el origen de la autogeneración de lo social. El ideal democrático no consiste en negar o ignorar los conflictos, sino en hacerlos productivos.

La creación de una mayor igualdad de oportunidades en el mercado libre en vez de una redistribución centralizada sería entonces el objetivo de una combinación histórica de ideas liberales y sociales. Esta sería la renovación radical de la socialdemocracia que no se resigna a que los conservadores monopolicen una dimensión de la libertad y la gestionen sin aprecio hacia la igualdad, con la superioridad que les otorga el fracaso de las estrategias de redistribución estatal.

Síntesis final y recomendaciones:

* La movilización electoral de la izquierda no puede limitarse a inquietar al electorado por los defectos de su adversario político sino que debe aspirar a despertar la esperanza colectiva.

* En lugar de ver el mundo actual como una máquina que hubiera que frenar, la socialdemocracia ha de concebirlo como una fuente de oportunidades e instrumentos susceptibles de ser puestos al servicio de sus propios valores, los de la justicia y la igualdad.

* La socialdemocracia debería considerar la competencia como un auténtico valor de izquierda frente a las lógicas de monopolio, público o privado, y entenderse a sí misma como una ideología que trata de poner el mercado al servicio del bien público y la lucha contra las desigualdades.

* En este contexto, la solidaridad ha de articularse sobre una base más contractual, sustituyendo aquella respuesta mecánica a los problemas sociales consistente en intensificar las intervenciones del Estado por formulaciones más flexibles de colaboración entre Estado y mercado, con formas de gobierno indirecto o promoviendo una cultura de evaluación de las políticas públicas.

* La socialdemocracia no debe tener tampoco una concepción únicamente negativa de la globalización, lo que le impediría entender sus aspectos positivos en orden a la redistribución de la riqueza, la aparición de nuevos actores o el cambio de reglas de juego en las relaciones de poder.

* La socialdemocracia debería distinguirse del "altermundialismo" para evitar su deriva hacia la irrealidad utópica, lo que la incapacitaría para actuar sobre la realidad. En última instancia, la

batalla política no se gana mediante la apelación genérica a otro mundo sino en la lucha por describir la realidad de otra manera. De ahí que lo mejor que puede hacerse frente a una concepción conservadora de la política es combatirla en el terreno de la realidad, discutir su concepción de la realidad.

* Lo que está en juego actualmente no es sólo una alternancia democrática sino la concepción misma de la política. La izquierda debería politizar, en el mejor sentido del término, frente a una derecha a la que no le interesa demasiado el tratamiento político de los temas.

* La izquierda sólo puede ganar si hay un clima en el que las ideas jueguen un papel importante y es alto el nivel de exigencias que se dirigen a la política. Para la izquierda, que el espacio público tenga calidad democrática es un asunto crucial, en el que se juega su propia supervivencia.

* La socialdemocracia necesita insistir en el papel de las ideas en política y acometer una definición propia de la realidad política en campos como la seguridad, el pluralismo, la integración, Europa o la globalización.

* Es posible renovar la socialdemocracia a partir de una determinada interpretación del liberalismo, lo que se podría denominar socialdemocracia liberal.

* La socialdemocracia liberal considera que las reformas para favorecer el mercado no implican más eficacia y menos justicia social, sino una eliminación de los privilegios que beneficia a los menos favorecidos.

* Esta concepción de la socialdemocracia concibe al mercado como un espacio que debe ser protegido para promover una verdadera igualdad de oportunidades y a la globalización como

una realidad que, bien articulada por la correspondiente gobernanza global, puede utilizarse para despojar de su poder a las concentraciones económicas existentes.

CONCLUSIÓN

La izquierda está muy marcada por su tradición estatalista, en virtud de la cual tiende a considerar al Estado como el único instrumento legítimo de la acción pública, a desconfiar de las iniciativas autónomas de la sociedad civil, con un modelo de solidaridad y de redistribución centralizado, y desde una crítica al liberalismo que se extiende también al liberalismo político. Cuando ha ejercido el poder y ha tenido que aceptar el realismo de lo económicamente posible o las constricciones de la política, lo ha hecho muchas veces con mala conciencia o como si se estuviera plegando a la opinión dominante: tal ha sido el caso de la liberalización económica o las cuestiones de seguridad e inmigración, en las que frecuentemente se ha rendido sin proponer una política diferente de la de la derecha, a la que simplemente se ha limitado a moderar.

La actual transformación de la socialdemocracia requiere un nuevo internacionalismo adaptado a la globalización y las nuevas movilidades, atención a las fracturas de la sociedad que no están únicamente en el ámbito de lo socioeconómico (culturales, territoriales, étnicas...) y una redefinición de los instrumentos de la redistribución y la solidaridad. A esto se añade (no como un campo específico, sino en lo que tiene de manera de pensar y actuar más sistémica y atendiendo al largo plazo) la cuestión ecológica.

Bibliografía:

Blyth, Mark M., (1997), "Any More Bright Ideas?" The Ideational Turn of Comparative Political Economy, en *Comparative Politics* 29 (2), 229-250.

Giavazzi, Francesco / Alesina, Alberto (2006), *Il liberismo è di sinistra*, Milan: Il Saggiatore.

Giddens, Anthony (1998), *The Third Way*, Cambridge: Polity.

Grunberg, Gérard / Laïdi, Zaki (2008), *Sortir du pessimisme social: Essai sur l'identité de la gauche*, Paris: Hachette.

Bergounioux, Alain / Grunberg, Gérard (2007), *Les socialistes français et le pouvoir: L'ambition et le remords*, Paris: Hachette.

Innerarity Daniel (2000), "La socialdemocracia liberal", en *El País*, 1.6.2000.

Oswalt, Walter (1999), "La revolución liberal: acabar con el poder de los consorcios", en *Themata* 23, 141-179.

Proudhon, F. J. (1851), *Confessions d'un révolutionnaire*, Paris: Vrin.

Rosanvallon, Pierre (1981), *La crise de l'État-providence*, Paris: Seuil.

Walzer, Michael (1993), *Esferas de la justicia*, México: FCE.